VIAJE DE DESTIERRO

I

En la mañana del 3 de Julio de 1891 el dictador Balmaceda abre las puertas de la cárcel de Santiago a setenta detenidos políticos i los hace embarcar en un tren espreso que seguirá en marcha a Valparaiso, en cuya bahía espera el vapor ingles *Bolivia* para conducirlos a Iquique.

Los alrededores de la cárcel estan invadidos por un inmenso jentío: damas de la mas distinguida sociedad se confunden con los hombres i las mujeres del pueblo, i al aparecer los reos, en medio de una doble fila de soldados, todas las manos se ajitan, saludando en silencio a las víctimas de la tiranía, demostracion elocuente que pone de manifiesto lo unánime del sentimiento público a favor de la revolucion.

El tren parte en medio de mudos adioses i todavía los sombreros i los pañuelos se ajitan en el aire, como votos de felicidad i de pronto regreso. Hasta en las mas lejanas i humildes chozas del camino se ven grupos de mujeres i de niños pàtriotas que al pasar nos saludan cariñosos i anhelantes. Uno que otro hombre viejo o inútil, pues los demas estan en los ejércitos, baten tambien su sombrero a nuestro paso. La impresion que estas manifestaciones producen en el ánimo de los que se alejan, es que

todo el mundo odia al dictador i confía en el triunfo de la santa revolucion.

El viaje tiene para nosotros una estraña mezcla de alegría i de tristeza. Despues de largos meses de prision, respiramos el aire libre de la campiña; nuestros pulmones se ensanchan al contemplar el vasto horizonte; pero mi corazon, dolorosamente atormentado por la situacion angustiosa en que está la patria e inquieto por su porvenir, sólo recobra su entereza en presencia de la fé profunda i sin nubes que se desborda del alma de la juventud que me rodea. ¡Heróicos i jenerosos muchachos! Todos van a ofrecer sus vidas en rescate de nuestras viejas instituciones, i sus ardorosos pechos confían en la victoria con la misma sinceridad con que a los veinte años se cree en la sinceridad del amor primero.

Casi al anochecer, pues la noche desciende temprano en el mes de Julio, entramos en Valparaiso, i el tren se detiene frente al muelle del Matadero. Se nos va a embarcar como a las bestias destinadas al consumo.

Un piquete de caballería, cuyos soldados estan armados de carabina i de sable, vijila a los inermes prisioneros. Se nos forma en fila, se nos revisa uno a uno i se comprueba la identidad de nuestras personas, leyéndose en alta voz una lista que contiene nuestros nombres. Tan esquisitas precauciones tienen por objeto evitar que se deslicen, confundidos entre nosotros, algunos de los muchos patriotas que anhelan por ir a prestar sus servicios a la revolucion. A pesar de estos cuidados, ya hai ocultos en las bodegas del *Bolivia* una docena de jóvenes que van a incorporarse al ejército de Iquique. Los patriotas son como los amantes: vencen con facilidad los obstáculos que para otros serian insuperables.

El mar está mui ajitado; enormes olas se despedazan impetuosas contra las rocas de la playa i contra las columnas del muelle, haciendo crujir su enmaderacion. Se prepara el temporal que al dia siguiente echó a pique una media docena de naves, haciéndolas chocar entre sí o contra los tajamares de la esplanada. Parece que el dictador tuviera a sus órdenes esas furiosas olas i las ajitara para hacernos sentir su indignacion. Todos miramos con antipatía i recelo a ese mar torpe e injusto que

en vez de recibirnos con benevolencia nos manifiesta un encono impropio de su grandeza.

Nunca me he sentido noblemente conmovido en presencia del mar. Es tan desleal i tan falso! ¿Quién puede confiar en su aparente calma i quién no tiembla ante sus ciegas furias? Oh, la tierra! ésa sí que es noble i buena! Hasta en la muerte nos presta albergue cariñoso a la sombra de sus árboles i nos conserva para siempre en su seno; miéntras que el otro hace lo que no haria un bandido, nos arroja de sí i niega una sepultura hasta al mas grande i bueno de los hombres.

I si otra vez me embarco, ya sabré guardar el secreto de estas líneas, que no me las perdonaria nunca el vengativo mar.

II

A pesar de la reserva con que la autoridad procede para que el embarque de los prisioneros no sea conocido del público, algunas personas llegan hasta el muelle i consiguen saludarnos. En alta voz hablan de cosas insignificantes, miéntras en tono bajo i aparentando distraccion, nos informan de la situacion política de Valparaiso i de los trabajos que se organizan para derrocar la tiranía. Desde la mañana de ese dia circulan tristes rumores: se ha descubierto una conspiracion para entregar a la escuadra dos de las pequeñas torpederas. La *Guale* pretendió escapar, pero su intento fué frustrado i sus tripulantes capturados. Se hacen en la ciudad numerosas prisiones. Es la eterna historia de los fracasos de los pueblos que luchan por su libertad.

Se da la órden de embarco, i una de las grandes lanchas que sirven para el trasporte de los bueyes está ya repleta de pasajeros e inmediatamente se dirije a bordo del *Bolivia*, fondeado mui afuera de la bahía. Otra lancha vacía ocupa su lugar i los prisioneros la asaltan deseosos de encontrarse a bordo, léjos del dictador, i a la sombra de una respetable bandera estranjera que es garantía para todos.

El temporal arrecia con violencia i gruesos goterones caen sobre nosotros; la embarcacion es levantada por las olas a una altura increible, i luego desciende al fondo del abismo que a su vez se convierte en una nueva montaña. El descenso es tan pro-

fundo que se pierden de vista los mástiles de las naves i hasta las pobladas montañas, i al ascender de nuevo surje la elegante ciudad i la bahía cubierta de buques. En medio de nuestra zozobra el espectáculo nos entretiene i hasta nos encanta.

De improviso se acerca a nosotros una gran lancha vacía gobernada por algunos remeros i en cuyo centro se ve de pié a un oficial que nos ordena trasladarnos a su bordo. Es difícil i mui peligroso dar cumplimiento a su órden en medio del ajitado mar. Hai resistencias i protestas de nuestra parte; pero el oficial insiste con tono i actitud impertinente.

—¿I para qué desea usted que nos traslademos a su lancha?

—Porque la de ustedes debe regresar para conducir al *Bolivia* a los demas prisioneros.

—¿I por qué no los conduce la de usted, que está vacía? Eso es lo mas natural.

—Así será; pero es la órden que tengo i la haré cumplir.

En medio de este incidente que amenaza convertirse en una agresion, llega hasta nosotros un bote a vapor, mandado por un ingles.

—Pero, señor oficial, dice el buen británico con calmado acento, lo que usted exije es peligroso para estos caballeros. Ya ve usted que las lanchas no pueden juntarse i hai un verdadero peligro en trasbordarlos.

—Esa es la órden.

Pero en nuestra lancha nadie se mueve para dar cumplimiento a la órden inhumana del oficial. De improviso notamos con agradable sorpresa que la embarcacion se aleja rápidamente remolcada por el vaporcito, i pronto nos encontramos frente a la escala del *Bolivia*, que asaltamos con denuedo, i ya a salvo sobre su vasta cubierta. Algunos esperaban todavía ver aparecer la lancha del oficial para exijir el cumplimiento de la órden; pero por fortuna no volvimos a ver al impertinente i cruel sayon.

III

Poco ántes de las doce de la noche el *Bolivia* parte con rumbo al norte; lleva sus bodegas repletas con un valioso cargamento para el ejército dictatorial que acampa en la provincia

de Coquimbo. Sus camarotes tambien estan ocupados en su mayor parte por viajeros i comerciantes de la costa que iran desembarcando en los diversos puertos. Pocos de nuestros amigos obtienen un alojamiento, los demas arreglan sus lechos sobre las mesas i sofáes del comedor, o en pleno aire, sobre la cubierta.

Es hermoso ver marchar el vapor iluminado en medio de la negra noche. Lo imprevisto del viaje i el contraste que ofrece nuestra vida de hoi con la de ayer, hace que esta escursion tenga para nosotros algo de fantástico. El mismo temporal que nos azota, haciendo bambolear i crujir la nave, da cierto tono épico a la aventura. Se han apagado las luces de los camarotes i solo el comedor está iluminado débilmente; pero mui pocos son los que duermen; muchos se pasean desvelados en la cubierta, i los que descansan en sus lechos charlan en voz alta impidiendo el sueño de los otros. El *Bolivia* se cimbra demasiado, las camas improvisadas se resbalan sobre los cojines de cuero, los cristales se chocan i producen un estrépito alegre, un canario que viaja en una jaula de bronce canta burlándose de la tormenta, i mi vecino, que yo creia dormido, levanta la cabeza i me dice que si él tuviera alas como el canario, tambien cantaria i sobre todo no haria el viaje en un barco tan incómodo como el *Bolivia.*

A la mañana siguiente vemos aparecer algunos rostros pálidos por el mareo, pero que sonrien satisfechos comparando el calabozo del dia anterior con el inmenso i libre horizonte que se estiende ante su vista.

El dia es de alegre charla; se comenta nuestro viaje i destierro. ¿Estamos en libertad o se nos dejará en Coquimbo, vijilados por Carvallo Orrego, léjos de nuestras familias i amigos i de las ocultas influencias de los grandes centros de poblacion? ¿Se nos conducirá a las Islas de Pascua, como se susurraba en Santiago i Valparaiso? Hasta esta idea desagradable nos divierte.

La dictadura, vista de cerca, es canalla i ruin; pero desde el mar es simplemente grotesca. El vanidoso déspota, que tiene en sus manos la vida, el honor i la fortuna de los pueblos, es impotente en el océano, que solo puede recorrer a tientas. ¡Qué cómica i qué divertida se divisa de léjos la abigarrada chusma

que esplota i aplaude al tirano! ¡Cómo avanzan hácia la Moneda en alegres partidas los aventureros de todas partes con el pecho henchido de ambicion i de esperanza! Injeniosos artistas que hasta entónces no se habian atrevido a pasar cerca de la policía, entran ahora triunfantes i en pleno dia al Congreso, a los Tribunales de Justicia, se hombrean con los Ministros de Corte, con los Senadores i con los Ministros de Estado en la intimidad de los compinches....

Miéntras meditamos en el angustioso i cómico carnaval que ajita al pais, el vapor sigue indiferente su carrera. Anochece i no tendremos el placer de ver hasta el dia siguiente la anchurosa i alegre bahía de Coquimbo. Al fin se divisa su faro, cuya luz parece elevarse a inmensa altura i descender despues hasta el nivel del mar, como movido por una máquina poderosa, ilusion producida por el movimiento del vapor. Pasamos cerca de varios buques ingleses i americanos que forman la estacion naval estranjera en el puerto de Coquimbo i fondeamos, casi a media noche, frente a la pequeña pero elegante ciudad, cuyos faroles de gas nos diseñan su radio.

Al amanecer del dia 5 se presenta a mi vista la inmensa bahía en la que podrian evolucionar cómodamente las mas grandes escuadras. La Serena está oculta por una espesa bruma que aumenta el humo de las chimeneas de sus hornos de fundicion. Una tenue claridad, producida por la incesante labor de las fábricas, indica el sitio donde reposa la antigua ciudad que fundó el capitan Bohon por órden de Pedro Valdivia.

Las nubes dejan en descubierto una série de suaves colinas cubiertas de alegre verdor que se prolongan hasta Coquimbo. Entre estas ciudades se ostenta como una inmensa mancha oscura, el bosque de eucaliptus, propiedad del señor Lambert i algunas aisladas quintas cuyos edificios parecen abandonados por la guerra. Pero lo mas orijinal, lo que fija con preferencia la atencion del viajero, son las grandes rocas amarillas o de un gris claro, que forman la estraña colina de creacion calcárea que se estiende al este de la bahía de Coquimbo i llega hasta la misma ciudad, semejando las ruinas de un pueblo marino formado de arcillas, de margas i de jaspes.

Ademas de los buques de guerra hai en la bahía una docena

de naves mercantes; pero como el mar sigue mui ajitado, la inmovilidad comercial es completa. Los viejos habitantes de Coquimbo aseguran que desde hace cuarenta años no se sabe de un temporal parecido en esta bahía eternamente impasible.

La ciudad parece desierta a pesar de estar ocupados sus alrededores por un ejército de diez mil hombres, i ni siquiera la novedad de ver llegar un vapor cargado de prisioneros lanza a la calle o al muelle a sus indolentes habitantes. Solo cuando el capitan de puerto se dirije al *Bolivia* se ve en la plaza un grupo de paraguas que resguardan de la lluvia la personalidad de algunos empleados públicos.

Un movimiento de curiosidad se produce entre los pasajeros del *Bolivia* al ver llegar al capitan de puerto acompañado de varios oficiales del ejército dictatorial. Son estos honorables sujetos los que sostienen aquí la tiranía de Balmaceda i se aprestan a pelear los primeros contra el ejército constitucional que se organiza en el norte, i cuyos primeros batallones ocupan la provincia de Atacama i sus avanzadas amenazan a la Serena.

Uno de los jóvenes prisioneros reconoce al capitan de puerto i comunica en voz baja su nombre i antecedentes a sus demas compañeros. La hilaridad, la sorpresa i la alegría se pintan en los rostros de todos cuando se sabe quién es el capitan. Algunos rien a carcajadas i pretenden organizar una manifestacion en honor a la primera autoridad, pero los mas discretos la evitan recordando a los imprudentes que todavía estamos en aguas dictatoriales i que a la menor lijereza de nuestra parte se nos puede hacer desembarcar.

Pero cuando el capitan de puerto regresa a tierra en la falúa oficial, gobernada por ocho robustos remeros, sobre cuyas cabezas ondea avergonzada la bandera tricolor, las comprimidas risas estallan sonoras en la cubierta del *Bolivia*.

El capitan, que tiene el grado de teniente-coronel del ejército dictatorial, ha sido payaso de uno de los circos que periódicamente recorren las principales ciudades de Chile. Algunos dudan de la verdad de este descubrimiento, pero los empleados del vapor la confirman: conocen personalmente, uno a uno, a

todos los acróbatas porque muchas veces los han conducido con sus carpas a bordo de la nave.

Este hallazgo me llena de entusiasmo i corro a saludar al brillante guerrero; pero éste, receloso, parece comprender que su disfraz no le ha ocultado lo bastante, i trata de evitar toda manifestacion; pero yo, sombrero en mano, le hago desde la cubierta la mas amable reverencia, i él me contesta con aire galante, el brazo estendido con bondadoso desenfado i los dedos de la mano recojidos en forma de canastilla, i este arranque natural me revela por completo al artista ecuestre.

Las risas estallan a bordo miéntras el bote se aleja llevándose al payaso vestido con el traje de los oficiales superiores del ejército de Chile i cobijado bajo nuestra gloriosa bandera.

En la tarde el mar está mas tranquilo i se da principio a la descarga del vapor. Grandes lanchas repletas de harina, de charqui, de fardos de pasto seco, se dirijen al muelle i pronto regresan vacías para repetir su tarea. El trabajo se hace con actividad, como si se temiera ver aparecer alguna nave de la escuadra constitucional que sin duda recojeria para sí la valiosa presa cuyo valor se estima en doscientos mil pesos. A bordo del *Bolivia* se hacen votos por que esa nave aparezca, capture la carga i dé libertad a los prisioneros que aun se creen amenazados.

Todos los datos recojidos respecto al estado de la opinion pública en la provincia de Coquimbo son desfavorables a nuestra causa; la mayoría de los coquimbanos pertenecen al partido del dictador, i esplican su adhesion al infame réjimen diciendo que Balmaceda les ha prometido un ferrocarril, ni mas ni ménos como se disculparía una mujer de haber perdido su honor porque su amante le habia ofrecido un aderezo. Cuando tales frases se escuchan en boca de personas decentes sin que el rubor les encienda el rostro, parece que la dictadura se debiera, mas que a Balmaceda, al espíritu de corrupcion que jermina en algunas provincias i que fuera, mas que la obra de un hombre, el efecto de una situacion.

IV

La mañana del dia 6 aparece iluminada como mañana de primavera. En el cielo se ajitan blancas nubes que el sol pare-

ce empeñado en despedazar. Las mas oscuras i espesas se ciernen sobre la Serena; pero un oblícuo i largo rayo de sol, que semeja el dedo de alguna divinidad, desciende sobre el pueblo como para indicarnos su sitio. Gracias a esta luz se divisan las torres i edificios mas elevados que surjen de entre el verde follaje de los huertos. La Serena es una ciudad de flores, de mujeres bonitas i de dictatoriales. Tiene todo lo bueno i lo malo que puede crear la naturaleza, i esto sin contar a sus famosos gatos, los mas lindos de Chile, de suave i eléctrica piel.

Las suaves colinas que circundan la bahía parecen mas verdes i alegres que el dia anterior, como si se regocijaran al sentir el calor que desciende del cielo. Una brisa acariciadora llega hasta el *Bolivia*. Se aspira olor de toronjiles i de claveles.

El mar, mucho mas calmado, reproduce el brillo del cielo i su ajitacion no tiene el aspecto tenebroso de la cólera, sino el del contento. Los buques anclados dan tambien señales de alegría; los marineros estienden sus ropas al sol como si hubieran perdido el temor a que una nueva tempestad las moje, i del barco de guerra ingles se escapan los acordes de una banda de música. Esta mezcla de luz, de fragancia i de armonia nos hace felices i olvidamos todos nuestra situacion de presos i nos creemos séres libres.

Si no me dominara la idea de los grandes peligros que amenazan a la patria, quisiera vivir en este sitio que invita al descanso. En una de esas blancas casitas ocultas entre las arboledas puede uno amar i ser amado por algunos dias, aprovechando una temporada de ternura, no mui larga, para que la fiel amada no se aburra i se escape con algun capitan de buque.

Durante todo el dia continúa la descarga del vapor, tarea que se termina en la noche.

Algunos pasajeros dictatoriales que desembarcaron en Coquimbo regresan a bordo con noticias siniestras que revelan en la mayor reserva a varios de los prisioneros. Tanto en Coquimbo como en la Serena se repite que los prisioneros políticos serán enviados a las Islas de Pascua. Esta noticia, que confirma los rumores que sobre el particular circularon en Santiago i Valparaiso, es creida por muchos, i en el acto se organiza una resistencia para dirijir el buque, por la razon o la

fuerza, hácia el primer puerto ocupado por las armas constitucionales. Figuran al frente de este movimiento salvador los señores Juan Walker i Pedro María Rivas.

En tan críticas circunstancias se descubre entre nosotros a un marino capaz de dirijir las difíciles maniobras del *Bolivia*: este improvisado hombre de mar es el célebre corresponsal de *El Mercurio* durante la campaña contra el Perú i Bolivia, don Eloi T. Caviedes. La empresa es atrevida i la responsabilidad inmensa, i aun cuando algunos temen ir a parar al polo antártico o a los abismos del mar, semejante cambio de itinerario no seria peor que el de las Isla de Pascua.

La noche, que es sabia consejera cuando uno duerme tranquilamente en su lecho, no lo es tanto cuando se pasa en el camarote de un buque, sintiendo el salva-vida bajo las costillas como una permanente amenaza; la noche, repito, en vez de disipar estos temores, les dió con sus sombras mas vastas proporciones.

El vapor aviva sus fuegos, preparándose para la partida, i los que estan al cabo del misterioso proyecto avivan tambien su decision i entusiasmo para el ataque. Se preparaban las armas: cuatro revólvers.

Los que miran con calma el desarrollo de esta aventura se creen tan víctimas del dictador como de sus propios amigos i salvadores. No se escucha la voz de la prudencia, que es estimada como un sentimiento de cobardía; como en estos casos lo que mas se teme es aparecer como un cobarde, al fin todos, los que se imajinan que se les conduce a la Oceanía como los que creen que se les lleva a Iquique, estan de acuerdo para organizar el plan de resistencia. El fondo de esta comedia no puede ser mas divertido: unos van a combatir porque el vapor se dirije a Iquique, i otros porque marcha hácia las Islas de Pascua, i todos de acuerdo!

Al fin el vapor abandona la bahía de Coquinbo sin que su tripulacion se dé cuenta de la oculta zozobra que domina a los viajeros; pero el aire inquieto i las misteriosas conferencias de los conspiradores llama la atencion del contador i pronto recelan los unos de los otros. Felizmente el ataque se postergó para el dia siguiente, pues hasta ese momento la aguja de Ca-

viedes estaba de acuerdo con la del capitan: el vapor sigue hácia Caldera, sin alejarse de la costa de Chile, cuyas sombras divisamos a la débil claridad de una luna poco llena.

Uno de nuestros compañeros cometió la indiscrecion de interrogar al capitan sobre el rumbo que seguia el *Bolivia* i el destino de los pasajeros; le revela los rumores que circulaban en Coquimbo i que traian alarmados a los ex-reos políticos.

El capitan, un ingles de carácter franco i caballeroso, i mui decidido amigo de la revolucion, al escuchar estas revelaciones se echó a reir de una manera casi impropia de la mesura i etiqueta británicas. La bandera inglesa, la libre i gloriosa bandera que cubre los mares, no se presta jamas a esas traiciones.

Los cuatro revólvers vuelven a sus cajas, Caviedes pierde la oportunidad de conducirnos equivocadamente a las islas de Pascua, i los conspiradores se echan a dormir tranquilos i al parecer mas satisfechos de este resultado pacífico que de una gloriosa pero sangrienta victoria.

V

Pero si el peligro personal que corrian los viajeros se ha disipado en una sencilla esplicacion con el capitan del *Bolivia*, aun nos molesta otra mala noticia recibida a la hora de nuestra partida de Coquimbo. Un escuadron de caballería dictatorial ha sorprendido en el valle del Huasco a la caballería constitucional que manda el bravo comandante Ovalle.

En medio del desórden de una sorpresa, nuestra tropa no ha tenido tiempo de organizarse, siendo en su totalidad dispersada. Casi todos los oficiales habrian caido muertos, heridos o prisioneros en esa triste noche.

Estas noticias las recibimos con la correspondiente reserva, pues siempre los triunfos de Balmaceda se exajeraban hasta hacerse inverosímiles. Esta vez, sin embargo, nos hace dar crédito a la version del momento el carácter de sorpresa que se le atribuye en medio de la improvisada fiesta de una cazuela.

Siempre las cazuelas nos han sido fátales, i de esto tenemos en nuestra historia militar mas de una leccion sangrienta. Las

cazuelas i la imprevision han sido los dos mas grandes adversarios de Chile. ¿Cuál de las desgracias públicas que nuestra historia lamenta, no ha tenido su oríjen en la imprevision, en la confianza o en la cazuela?

Suplementos a los periódicos de Coquimbo i de la Serena que llegan ocultos hasta el vapor, anuncian en pomposos estilos el triunfo del dictador.

Todos lamentan la muerte de algunos oficiales conocidos, la magnífica tropa perdida en un encuentro que bien pudo evitarse, siendo la caballería de nuestro ejército tan escasa i difícil de reemplazar.

El *Bolivia* marcha hácia Caldera marcando diez millas por hora. De improviso se descubren varios humos en el horizonte. Son naves de la escuadra constitucional que se dirijen al sur.

La distancia considerable a que el *Bolivia* marcha ahora de la costa despierta sospechas en nuestras naves de guerra: el *Cachapoal* se detiene sobre su máquina miéntras la *O'Higgins* sigue en nuestro reconocimiento. Hai un momento de persecucion; el capitan del *Bolivia* comprende lo que pasa i detiene la marcha de su nave. Los dos buques amigos se aproximan, i al reconocerse, un viva estruendoso se escucha a la vez en el vapor i en la corbeta. Un oficial de la *O'Higgins* pasó a bordo del *Bolivia.*

Ya se sabia en Iquique el combate de Vallenar, que no habia sido tan ventajoso para las armas dictatoriales como lo aseguraba la prensa de Coquimbo; i la escuadrilla que estaba a nuestra vista conducia un refuerzo de mil hombres para el valle del Huasco. Se charla un instante con el jóven marino, se le confunde a preguntas sobre el número i organizacion del ejército del norte i se le obsequian los suplementos que sobre el reciente combate han dado a luz los periódicos de Coquimbo. El marino contesta con sonrisas i medias palabras que nada dicen, i regresa a su nave miéntras el *Bolivia* continúa su interrumpida marcha hácia el norte.

VI

El 8, a medio dia, anclamos en la magnífica rada de Caldera. Un sol ardoroso, que se asemeja mucho a un sol tropical, cae sobre nosotros.

Caldera causa una triste impresion: a primera vista se conoce que es una ciudad casi abandonada i en plena decadencia. Sus anchas calles desiertas, algunos grandes edificios construidos en la época de su prosperidad i que hoi, vacíos en su mayor número, se arriendan casi de balde, manifiestan la instabilidad de esa riqueza minera, que improvisa grandes pueblos que viven un dia. Caldera tiene mas que ninguna otra ciudad del norte el aire de un campamento, es desparramada i baja; los pocos edificios que se alzan sobre los demas, recuerdan las ilusiones que sus dueños concibieron de crear un pueblo elegante, donde se acumulara la vida industrial de Chile i la riqueza inmensa de Chañarcillo.

Estos pueblos mineros, sin pasado i sin porvenir, entristecen el ánimo de una manera desdeñosa: nacen, viven i mueren sin alcanzar a formarse una historia i una civilizacion; sus ruinas son de madera i sus obeliscos el horno de fundicion apagado por el agotamiento de la mina. En medio del torbellino de la lucha por la vida, del anhelo por adquirir una fortuna rápida, no se créa nada sólido i que viva mas allá del hombre. Llenarse los bolsillos i embarcarse precipitadamente para ir a disfrutar en otra parte de la fortuna que se le ha arrancado a la tierra, es el empeño de todos; i sin embargo, aquí es donde se ha forjado la raza mas pujante de Chile, la que ha conquistado el desierto palmo a palmo, la que ha invadido con su espíritu de progreso el Perú i Bolivia, la que ha construido con su oro i sus potentes brazos los grandes ferrocarriles de la América meridional, el de Antofagasta a Oruro i el del Callao a la Oroya, la que se habia apropiado Tarapacá mucho ántes que la *Esmeralda* se hundiera en la inmortal hazaña de Iquique.

El hombre del sur que llega a estas rejiones, tanto el porfiado huaso de Colchagua, como el agreste i varonil montañes del Ñuble i el ratero, pero habilísimo roto de Santiago, se trasforman como por encanto en ciudadanos que tienen conciencia de su valer. El alto jornal les da independencia i crèa en ellos necesidades de hombre civilizado; el duro trabajo de horadar montañas i descender al fondo de la tierra para estraer sus riquezas, desarrolla su atrevimiento i sus fuerzas; i el patron agrícola, que cuida el zapallo i los porotos con una vijilancia que

no se tiene en el norte con las barras de plata i las pepas de oro, ha sido reemplazado por otro mas desprendido i ménos vijilante.

Las calles de Caldera están cubiertas por una gruesa capa de arena que a medio dia el sol caldea con sus ardientes rayos. Esas arenas parecen llegadas del desierto arrastradas por los vientos, i se piensa que con los millones que los mineros derrocharon en otro tiempo en sus rumbosas francachelas, este pueblo podria tener sus calles cubiertas con arenas de oro, que ahora los ociosos del sur recojeríamos a puñados.

Hai en la ciudad dos o tres restaurants de aspecto mui decente i cuyos comestibles agotaron los setenta prisioneros del *Bolivia*, ya convertidos en hombres libres i con buen apetito. La comida del vapor nos tenia desesperados, nó porque fuera mala, sino por la detestable salsa con que se condimenta desde la sopa hasta los postres; todos protestaban de ella i la comian gruñendo. Faltaba un hombre de carácter que, como en las revoluciones, se pusiera al frente de los descontentos; este hombre apareció mas tarde, en la travesía de Caldera a Antofagasta, i el aborrecido aliño fué suprimido de nuestros platos, con gran contentamiento de los ingleses, que doblaron su racion. Esta salsa, mas vieja que la Magna-Carta, está encarnada en la cocina inglesa como el parlamentarismo en sus hábitos políticos, i es estraño que la gran nacion que ha producido un Bacon, un Shakespeare i un Gladstone, no haya dado a luz todavía a un Savarin, que eche abajo esa detestable droga.

De la pasada grandeza de Caldera quedan dos monumentos vivos: la gran maestranza que era, i no sé si todavía lo es, la primera de Chile, i el histórico ferrocarril a Copiapó i Juan Godoi.

Fué en esta parte del continente sud-americano, donde la locomotora dejó oir sus primeros silbidos, hace ya cuarenta años. Este grito del progreso debió resonar en las montañas i en los valles como algo misterioso i aterrador; esa gran bestia irresistible cuyas fibras de acero han ido estendiéndose por todo el continente, sin que cordilleras i rios la detengan, miró por primera vez con su ojo penetrante estas inmensas soledades donde ahora domina sin rival. Todos los leones de la cordillera

i de las sierras, todos los monstruos de los rios, de las llanuras i de los bosques de América debieron sentirse sobrecojidos de espanto ante la nueva fiera bienhechora que venia a disputarles sus dominios, i este grito humano i civilizador partió de Chile, partió de aquí, de estas rejiones que sufren hoi una decadencia pasajera.

VII

La gran novedad que ofrecia Caldera en esos momentos era la presencia en ella de alguna tropa del ejército constitucional. Veia por primera vez a los soldados de esas lejiones que hicieron la campaña homérica de Tarapacá, venciendo tan completamente al grande ejército del dictador, cuyos restos se encontraban desparramados en tierra estranjera, unos al norte i otros al oriente de Chile.

Muchos de esos soldados eran mineros de Taltal, otros de Antofagasta i Atacama i otros de las salitreras, i todos se manifestaron tan completamente convencidos del triunfo, que comunicaron a nuestro espíritu indeciso e incrédulo la fé de que rebosaban sus corazones. Me sorprendió esta frase de un minero de Taltal:—"¿Cómo no hemos de vencer a los que están defendiendo una causa tan mala; ademas ellos están mandados por canallas i nosotros por hombres patriotas que ni sus sueldos cobran." El carácter sério, retraido i silencioso de estos soldados imponia respeto. Eran los mismos que en los campos de batalla avanzan i avanzan sonriendo, sin retroceder jamas, bromeando i riendo de la muerte. Al verlos me parecia cierta la frase que habia oido en boca de álguien: "Mas se asusta la muerte de matar a esos hombres que ellos de morir." Estaban mui mal vestidos; sus trajes blancos, de tela ordinaria, no tenian mas adorno que el distintivo de la franja colorada que ostentaban con orgullo en su brazo derecho. Tratámos de hacerlos referirnos algunos episodios de las siete batallas que en ocho dias se pelearon en Tarapacá, pero parecia que no daban importancia a esos sucesos.

Haciendo yo el elojio de su valor i de su patriotismo, uno de

ellos me dijo: "Los oficiales sí que son valientes." Otro añadió: "i nos cuidan como a hermanos; nos dan hasta sus cigarros i nos prefieren en las raciones."—"¿Están, pues, contentos?"—"Bah! si todos somos voluntarios, i el que no quiera pelear se va sin que le detengan. Aquí nadie se deserta."

Al ver la firmeza i el espíritu resuelto de esta tropa, me parecia imposible no vencer.

Ya se tenia conocimiento en Caldera de la llegada a Iquique del vapor *Maipo*, que conducia las cápsulas para los Mannlincher, cañones de largo alcance i cinco mil Grass de primera clase. Estaban armados i podian marchar inmediatamente sobre Coquimbo o Valparaiso.

Álguien trató de conocer lo que pensaban los soldados de la cooperacion que los políticos i patriotas de Santiago dispensaban al ejército espedicionario, pero guardaron al respecto el mas prudente silencio.—Se conoce que solo confían en sus propias fuerzas, dijo el que los habia interrogado. Tanto mejor que así sea. Pero yo no estaba de acuerdo sobre esta interpretacion tan a fondo del silencio de los soldados.—En Santiago no se sublevarán jamas, ni harán nada! dijo uno mas impetuoso.

Con esta opinion sí que estaba de acuerdo, i a medida que avanzaba hácia el norte sentia que era la opinion unánime de estas provincias. De aquí nacían sus colosales esfuerzos por salvar al pais de una tiranía que se arraigaba, creando intereses positivos ante los que principiaban a inclinarse muchas frentes. Cuando penetraba esta horrible verdad de la decadencia moral de Chile, una especie de patriótica indignacion me dominaba. ¿Quién o quiénes eran los culpables? Buscábalos en la política que halaga i premia a los hombres aun cuando sean viles, i en el ejemplo corruptor que esto produce en los demas; i mui principalmente veia jerminar el mal en el sistema de elevar a los puestos de honor a hombres sin carácter i sin doctrina. Esa multitud de personalidades fofas, que vivian en cierta atmósfera de dignidad gracias a lo regular de nuestro sistema de gobierno, no habian sido por cierto la obra de la dictadura, sino de los partidos oficiales que trataban de formarse mayorías sumisas.

La misma Constitucion del 33, cuya defensa proclamó el Congreso secundado por la Escuadra, con su espíritu de pode-

roso centralismo, habia contribuido a abatir el carácter de los hombres hasta el punto de hacer de uno de los pueblos mas viriles en la guerra uno de los mas indolentes i sumisos en la política. Durante los ocho meses de la dictadura no hubo en Santiago un solo hecho que manifestara carácter personal: los sayones de la dictadura se paseaban desdeñosamente por los sitios mas concurridos de la ciudad sin que fueran molestados, sin que nadie castigara a los azotadores de mujeres. Talca, ciudad ingobernable en tiempo de libertad, vivió sumisa i tranquila aplastada por la bota de un sayon que en la mañana del 29 de Agosto huyó de la Moneda implorando el perdon de los vencedores. En medio de esta corriente de sumision no hubo sino dos notas discordantes: el balazo de Alfredo Irarrázaval Zañartu i el zopapo de Ladislao Errázuriz. Jamas se dió un bofeton mas solemne: en medio de la ansiedad de todos i de un pomposo desfile militar, ese ruido de mejilla resonó en el pais como una esperanza i un aliento, i el bravo e imprudente coloso que lo recibió, desplomándose a su empuje, pareció como una alegoría profética.

VIII

Una noticia desagradable circuló a medio dia entre los alegres jóvenes ex-prisioneros del *Bolivia*. Se habia recibido de Iquique un telegrama firmado por el señor Irarrázaval, Ministro del Interior, en que se hacia presente la conveniencia de que todos los que pensaban incorporarse al ejército constitucional se quedaran en Caldera.

Esta órden lójica,—puesto que la provincia de Atacama iba a ser el centro de la organizacion militar, i no convenia perder el tiempo en continuar viaje a Iquique para tener que regresar inmediatamente,—causó, sin embargo, en el espíritu de aquellos jóvenes la mayor contrariedad. Era una cruel desilusion. Todos deseaban ver a Iquique, la querida ciudad que durante tanto tiempo habia sido una especie de tierra prometida. Ahí estaba el Gobierno que representaba la legalidad i cuyos hombres despertaban en el corazon de la juventud una especie de adora-

cion; ahí estaba el gran centro de la vida militar, Canto i Körner, el brillante e invencible ejército que habia ganado la provincia de Tarapacá, los amigos afortunados i gloriosos que habian tenido la dicha de esponer sus vidas por la libertad de la patria. Se queria ver los barrios destruidos de Iquique, la Aduana en que Merino Jarpa i sus compañeros se defendieron como héroes.

Por un momento hubo una especie de insubordinacion entre esos reclutas. ¿Se obedeceria la órden? ¿Tan rápidamente marchaban los acontecimientos que no se les permitiria dar un corto paseito por Iquique, a ellos que habian estado presos seis meses? Pero dos terribles i fieros ciudadanos, los señores Pedro María Rivas i Juan Walker, los llamaron al cumplimiento del deber. ¿Venian, acaso, a pasear? El momento era solemne: en Santiago esperaban impacientes a los libertadores; se venia a pelear i nó a divertirse. Un grito entusiasta de adhesion a estas palabras resonó en los fervorosos pechos i todos se cuadraron a la voz de *¡A Caldera!* Buscaron apresuradamente sus equipajes, se despidieron de los amigos que seguian a Iquique i descendieron a tierra. ¡Ya eran soldados!

Entre esas despedidas nos impresionó profundamente la del jóven Horacio Lémus. Bravo i noble muchacho, nuestro amigo de prision durante cuatro meses i que tenia el presentimiento de su muerte.

—¡Acuérdese de mí! me dijo con varonil ternura, porque voi a morir en el primer encuentro. No entraré triunfante a Santiago, pues sé que no podré contenerme al divisar a esos infames.

I agregó con resignacion i casi con alegría:

—Mejor que muera jóven i en medio de un campo de batalla. ¿No es una gloria?

Fué herido mortalmente en la Placilla i espiró algunos dias despues.

Siempre le recordaré como a uno de los espíritus mas nobles, mas jenerosos i sinceros que he tenido la fortuna de encontrar en mi camino.

IX

Quisiera alejarme de Caldera sin traer a la memoria i sin consignar en estas pájinas el mas triste de los atentados que manos chilenas ejecutaron jamas contra la patria; pero ahí está visible para todos, en plena bahía, la punta del palo mas alto del *Blanco Encalada* sumerjido, que recuerda e indica el sitio de la catástrofe, como un inmenso dedo que amenazara i pidiera justicia.

La escuadra fué siempre para Chile la mas constante de sus preocupaciones; comprimido entre inmensas moles de granito, solo tiene fácil i espedito el anchuroso camino del mar, i su instinto de pueblo comercial i navegante le ha indicado que está ahí su peligro i su grandeza. Dominados por este sentimiento, los hombres de la revolucion de 1810 realizaron el mayor de los prodijios: la creacion de la primera escuadra nacional. Ninguno de los paises de América que luchaban por su independencia, hizo un esfuerzo mayor de patriotismo i de enerjía que el que realizó O'Higgins organizando aquellas *cuatro tablas*, de las cuales, segun su propia espresion, dependia la libertad del Nuevo Mundo. Lo que esa escuadra hizo los chilenos lo recordarán siempre: en poco tiempo nos dió el dominio completo del Pacífico, i durante tres cuartos de siglo conservamos sin contradiccion ese glorioso dominio. Pobres i desconocidos, sin rentas i sin crédito, hemos hecho los mayores esfuerzos por mantener con decoro nuestra modesta bandera, esperanzados en verla flamear algun dia sobre una escuadra poderosa; i a medida que nuestra riqueza crecia, un nuevo buque, mas fuerte que el anterior, aumentaba el poder naval de la República, en medio del regocijo de todos los chilenos.

La construccion de una nueva nave para nuestra escuadra llegó a constituir una fecha histórica; i cuando hablamos de las dotes de nuestros hombres de Estado, citamos como un ejemplo de su prevision i patriotismo la cooperacion mas o ménos poderosa que hayan prestado a la escuadra. No habia sobre la tierra de Chile dos monumentos que fueran tan queridos para el pueblo, como esas dos fortalezas que se mecian en el mar: el *Cochrane* i el *Blanco Encalada*.

Vimos durante la campaña hechos tan monstruosos, que los chilenos llegamos a imajinarnos que Balmaceda podia intentarlo todo, lo mas audaz i lo mas cínico: vimos talar los campos, saquear el Erario, azotar mujeres, glorificar a los pillos, fusilar a los patriotas i escarnecer todo lo que era digno de respeto i de aprecio; pero nadie se imajinó que el tirano intentara destruir la escuadra de Chile, los buques que eran la defensa i la gloria de la nacion.

El dictador tenia, sin embargo, bajo sus órdenes los elementos necesarios para acometer todas las empresas: tahures que deseaban rehabilitarse i valientes truhanes, capaces de desbalijar a las imájenes de los templos. Con semejantes elementos organizó su escuadrilla, i en la tarde del 17 de Abril la *Lynch*, la *Condell* i el *Imperial* salieron de Valparaiso en busca de una aventura fácil.

Miéntras la escuadra del dictador se dirijia al norte, una parte de la del Congreso, compuesta de los blindados *Huáscar* i *Blanco Encalada*, de la cañonera *Magallanes* i de algunos trasportes a vapor, marchaba hácia el sur con el objeto de tomar posesion de Caldera i de toda la provincia de Atacama.

Caldera fué ocupada sin resistencia; el ejército del dictador que mandaba Stephan huyó en direccion a la Arjentina, como el ejército de Cámus, en Antofagasta, habia huido en direccion a Bolivia i el de Arrate en direccion al Perú, realizando la mas curiosa invasion pacífica de todas las naciones vecinas. Los soldados que diez años ántes vencian al Perú i Bolivia, entraban ahora en esos mismos territorios como derrotados siervos de la tiranía i entregaban a los vencidos de entónces sus armas i sus estandartes victoriosos en cien combates.

La flotilla del dictador observaba los movimientos de nuestra escuadra i sabia que el *Blanco Encalada* estaba solo en Caldera. En la tarde del 22 de Abril las contra-torpederas entraron a una caletilla situada algunas millas al norte de ese puerto, donde permanecieron hasta las tres de la mañana del dia siguiente. El *Imperial*, a las órdenes de Garin, surtido de carbon i provisiones para un mes, siguió rumbo al norte, debiendo esperar a las otras naves en sitio determinado. Se asegura que al anochecer del 22 un bote de tierra llamó a la *Lynch* i comunicó a Fuentes

que el *Blanco Encalada* se encontraba solo, anclado en la bahía, i que si deseaba sorprenderle no habia tiempo que perder. En el acto se arregló el plan de ataque, debiendo pasar por Caldera despues de oscurecer, i como a las tres de la mañana entrarian a la bahía por el norte, yendo la *Lynch* adelante, como a doscientas yardas de distancia; una vez dentro de la bahía, la *Lynch* se dirijiria por estribor i la *Condell* por babor, i despues de acercarse todo lo posible lanzarian los torpedos a la nave que yacia anclada i amarrada a una boya.

A bordo del *Blanco* reinaba la mayor confianza i ni siquiera se hacia el servicio de ronda que prescribe la Ordenanza. Una luna llena, que iluminaba el mar, dificultaba la sorpresa; pero permitia a las naves asaltantes divisar despejado el camino que las conducia hasta su adversario.

Poco despues de las cuatro de la mañana la *Condell* se acercó al blindado, i a la distancia de trescientos metros dirijió tres torpedos que no dieron con la nave. En pos de la *Condell*, que prosiguió su rumbo a todo vapor, siguió la *Lynch*, que se acercó hasta unos cincuenta metros del buque enemigo, i disparó dos torpedos, lanzados por el mismo comandante Fuentes, uno de los cuales pasó rozando lijeramente la proa, miéntras el otro daba en el centro del costado, produciendo una lijera esplosion que pareció provenir del departamento de la máquina, i casi intantáneamente, en el espacio de solo cinco o seis minutos, el *Blanco Encalada* se inclinaba sobre el costado herido i se hundia en el mar, a ocho brazas de agua.

Al primer torpedo Whitehead lanzado por la *Condell*, uno de los marineros que montaba la guardia del blindado dió la señal de alarma; pero como los cañones no estaban cargados ni habia vapor en la máquina, la defensa se hizo imposible. El buque se hundia con su tripulacion, i en tan solemne instante solo predominaba el sentimiento natural de la propia conservacion. La jente se arrojaba al mar i perecia envuelta en las violentas corrientes que producia el buque al sumerjirse; algunos, mas tranquilos i previsores, esperaron que el buque desapareciera por completo en el mar ántes de lanzarse al agua, pues veian tambien el horrendo e inútil sacrificio de sus compañeros. Así, manteniéndose en el agua hasta que fueron recojidos por los

botes que de tierra enviaron al socorro de los náufragos, pudieron salvar los señores Barros Luco, presidente de la Cámara de Diputados; Goñi, comandante del blindado, i varios otros oficiales. En esta catástrofe, increible obra de la imprevision de unos i de la audacia de los otros, perecieron 225 de los tripulantes del *Blanco Encalada*, i entre las víctimas mas ilustres se recordará siempre el nombre de Enrique Valdes Vergara, uno de los corazones mas esforzados que la revolucion tenia a su servicio.

Terminada esta desgraciada sorpresa, la *Condell* i la *Lynch* hicieron rumbo al sur con el propósito de atacar a los buques de la escuadra congresista que se encontraban en Carrizal Bajo. A las 6 A. M. divisaron al trasporte *Aconcagua*, mandado por el bravo i sereno comandante Merino Jarpa, que se dirijia al norte despues de haber desembarcado en dicho puerto la tropa que conducia. En la creencia de que el trasporte estaba armado de un cañon de grueso calibre, lo dejaron pasar, situándose las torpederas a los costados del vapor, a una distancia de 600 metros, i lo persiguieron en seguida, haciéndole, con mal éxito, un sostenido fuego de artillería.

El comandante Merino Jarpa era hasta ese momento la figura mas brillante que la revolucion habia hecho surjir en la escuadra: poseia el valor sereno de los jefes i de los hombres de mando; desconfiado i previsor, no perdia de vista, ni en medio de los mas grandes conflictos, los detalles mas nimios que contribuyen al éxito. Todas sus espediciones habian sido afortunadas, i su defensa de la Aduana de Iquique es una lucha troyana que ningun episodio de esa campaña homérica de Tarapacá ha superado.

A las 7 A. M. de la mañana del 23, el comandante del *Aconcagua* divisó, como a siete mil metros de distancia, a la altura del Morro Copiapó, a la *Lynch* i a la *Condell*, i ordenó inmediatamente poner la proa hácia ellas, tocar zafarrancho i aumentar la marcha del vapor. Cuando estuvo a cuatro mil metros del adversario, rompió los fuegos con los cañones de tiro rápido, fuegos que fueron contestados con una rapidez i precipitacion que parecia, por lo nutrido, mas bien descargas de fusilería que de cañon. En el primer momento las contra-torpederas se abrieron,

como para tomar entre dos fuegos al *Aconcagua*; pero luego desistieron de su intento, talvez porque de esa manera permitian al trasporte aprovechar de su artillería por ámbas bandas, i las dos naves se colocaron por la mura de babor. En el instante en que efectuaban esta evolucion, la *Lynch* recibió una granada que le hizo escapar mucho humo i vapor, cubriéndola por completo por el espacio de dos minutos; desde ese momento disminuia su andar, quedándose atras, miéntras la *Condell* seguia al trasporte paralelamente, a distancia de mil quinientos metros. No pudiendo el *Aconcagua* en esa posicion utilizar toda su artillería, inclinó su proa hácia la *Condell*, disparándole sus cañones de a trece. El torpedero aumentó su andar i se retiró hácia afuera.

El *Aconcagua* continuó haciendo fuego hasta que sus dos lijeros adversarios estuvieron fuera del alcance de sus cañones, i solo entónces se dirijió a Caldera, donde el victorioso Merino Jarpa tuvo conocimiento de la catástrofe del *Blanco.*

"Este encuentro, dice modestamente el comandante del *Aconcagua*, en su parte oficial al jefe de la escuadra señor Montt, ha puesto de relieve la idea que teníamos de que las torpederas solo son eficaces para un ataque sorpresivo i que no valen como buques de combate, como les habrá hecho meditar a los marinos dictatoriales ver que durante hora i media de reñida lucha no han obtenido ventaja alguna sobre un simple vapor mercante, trasformado en buque de guerra, solo por habérsele colocado algunos cañones de poco calibre; lo que hace ver que el dia que se encuentren con alguno de nuestros buques de guerra que pueda obligarlas a combatir, están perdidas."

No fué, pues, el humo de la *Warspite* que venia del norte i que los marinos dictatoriales confundieron con el crucero *Esmeralda*, la causa de la fuga de las contra-torpederas en el combate del Morro Copiapó, sino el empuje atrevido del comandante Merino Jarpa.

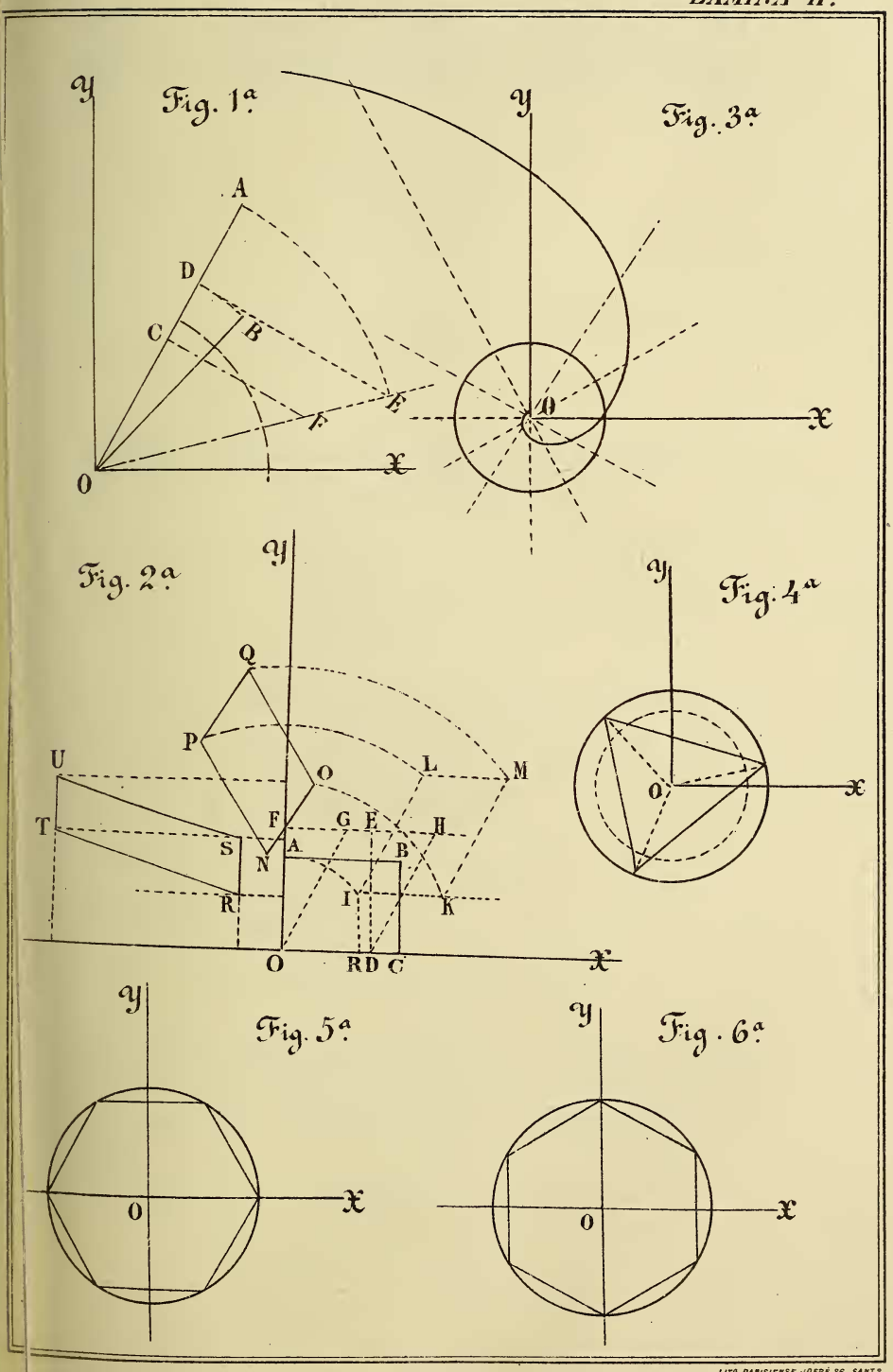
Es indudable que la presencia de la *Warspite* contribuyó a aumentar el desconcierto que reinaba a bordo de las torpederas; pero ya la actitud del *Aconcagua* habia puesto en retirada a sus dos adversarios.

La *Warspite*, que venia de Iquique para Valparaiso, conducia

a su bordo al almirante Hotham que por encargo de los Ministros de Inglaterra i de Alemania en Santiago, de acuerdo con Balmaceda, habia ido a proponer negociaciones de paz a la Junta de Gobierno de Iquique. Hotham entró a Caldera, e informado de lo ocurrido, siguió viaje a Coquimbo, desde donde comunicó por telégrafo al dictador el hundimiento del *Blanco Encalada.*

(Continuará)

VICENTE GREZ
Director de la Oficina Central
de Estadística



LITO. PARISIENSE JOFRÉ 26, SANT.ª